



T. IV. p. 59.

TIENDA EN EL CAIRO.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

1

El imperio había tenido por un momento dos emperadores.

Puede recordarse que después de la victoria de Ienischyr, alcanzada por Bajazet II sobre su hermano y su rival, el joven emperador de Asia, Djem, se había refugiado con su madre, su mujer y sus hijos en la corte del soldan de Egipto. Acogido como sultán por este soberano, Djem, fuese por desaliento, por piedad, por política, había dejado su familia en

el Cairo, para ir á cumplir casi solo, á través de los desiertos, la peregrinacion de Jerusalem, de la Meca y de Medina, las tres ciudades santas de los Arabes y de los Otomanos. Este sultan y una sultana, hija de Mahomet, son los únicos miembros de la familia imperial de Turquía que hayan hecho, segun Murad-gea, la peregrinacion al sepulcro del profeta.

Sus amigos y sus enemigos lo perdieron de vista durante dos años escasos en estas peregrinaciones lejanas, en donde el camello de un peregrino llevaba al hijo de Mahomet II, al segundo emperador de los Otomanos, vestido con el traje de un beduino.

II

Su madre y su jóven esposa, hija de un príncipe turcomano de la Caramania, le vieron regresar al Cairo, el 4 de febrero de 1482, bajo el disfraz que lo libraba de las asechanzas de sus enemigos. Parecia haber aceptado religiosa y filosóficamente su desgracia, y se resignaba á vivir en Egipto en una oscuridad contemplativa. Sus tesoros, suficientes para una vida privada en tierra extranjera, los respetos de los

mamelucos, su tierno afecto á su madre y su mujer, la fidelidad de algunos amigos, compañeros de su infancia, de su grandeza y de sus reveses, y sobre todo su aficion á la poesía, que libra al hombre desgraciado del sentimiento de las realidades para trasportarlo á los espacios imaginarios, le hacian sopor-
tar con mayor facilidad que á los ambiciosos sin genio y sin virtud, el destierro y el olvido del trono. Apenas de veinticuatro años de edad, Djem tenia ya en Turquía, en Persia y en Arabia la fama de un héroe y la celebridad de uno de los poetas mas perfectos del islamismo. La sangre de Mahomet II, su belleza, sus peregrinaciones, sus hazañas y sus reveses ennoblecian la dignidad de su infortunio. Él mismo se condenaba á la inaccion; pero sus amigos, sus partidarios en Caramania y los enemigos de su hermano no se conformaban con su ausencia; su suerte era comun, y no vacilaron en tentar de nuevo á la fortuna, y en perderle por salvarse.

III

Kasim-Beg, este hijo proscrito de Ibrahim Caraman Oghli, que se habia adherido á la causa de Djem

contra Bajazet II, para recobrar sus Estados por este servicio prestado al mas popular de los dos pretendientes del trono, habia continuado despues de la derrota de Ienischyr errante, pero siempre armado, con sus antiguos vasallos, en las rocas inaccesibles del monte Tauro. Desde allí agitaba los valles, las llanuras, las ciudades; enviaba emisarios á Djem para exhortarle á volver á presentarse á sus fieles caramanios, mas que nunca ardientes partidarios de su causa. Otro parcial de Djem, tan considerable como Kasim, Mahmud-Beg, gobernador de Angora ó de Ancyra, y antiguo generalísimo de los genízaros bajo Mahomet II, decidido á hacer traicion á Bajazet II por resentimiento de su desgracia, prometia igualmente á Djem el entregarle á Angora y una parte del ejército de su hermano, en el momento en que desembarcase en la costa de Caramania.

Estas excitaciones y promesas hechas por hombres tan preponderantes en Asia, la certeza de los auxilios que los mamelucos de Siria prestarian á su empresa, decidieron por fin á Djem á probar otra vez fortuna. Confió su familia al soldan, y seguido de sus mas valientes compañeros, dejó el Cairo el 6 de mayo de 1482 para abocarse en Alepo con sus partidarios de Caramania. Kasim-Beg, Mahmud-Beg, muchos emires, begs y generales malcontentos del

ejército de Bajazet II habian acudido á Alepo á esperar al jóven sultan. Juntos entraron con las armas en la mano á través de las *Puertas de Hierro*, desfiladero del Tauro sobre la Siria, en la Cilicia, sublevando en nombre de Djem todas las poblaciones y todas las tropas diseminadas por su camino. La popularidad de Djem, la legitimidad de Kasim, la fama militar de Mahmud-Beg, querido de los genízaros, dieron en pocas semanas al pretendiente algunas provincias y un ejército superior al de Bajazet II. El Asia entera iba á escapársele al sultan. Ahmed-bajá, su general en Caramania, abandonado por parte de sus tropas, batido dos veces por Mahmud-Beg en la llanura de Koniah, habia metido apresuradamente en esta capital una guarnicion mandada por Ali-bajá, que fué despues gran visir; él mismo se replegaba ante las poblaciones sublevadas y procuraba mas bien ganar tiempo que batallas. Djem, Mahmud-Beg y Kasim, reunidos bajo los muros de Koniah, asediaban la ciudad, que resistia merced á la obstinacion de Ali-bajá. Un azar la salvó.

Mahmud-Beg, al abrazar la causa de Djem, habia tenido la imprevision de dejar á su mujer y á sus hijos como rehenes de los turcos en Angora, en el corazon de la Anatolia. Salió del campamento de Djem con una escolta para ir á buscar á su familia y

librarla del furor de Bajazet. Tropezando en el camino con un cuerpo considerable de enemigos, cayó muerto en la refriega, y su cabeza, enviada á Bajazet, reanimó la confianza abatida de este príncipe. Avanzaba este por todos los valles con los tres ejércitos reunidos de Constantinopla, de Brusa y de Amasia en Angora. Djem, debilitado, pero sin desalentarse por la pérdida de Mahmud-Beg, el mejor de sus generales, se replegó, combatiendo con Kasim, á las montañas. Este campo de batalla, fortificado por la naturaleza, lo igualaba con las fuerzas crecientes de su hermano. Bajazet II, ántes de penetrar con sus tropas en estos desfiladeros del Tauro, envió á Eregli, segundo aga de los genízaros, para que parlamentara con Djem. El jóven príncipe consintió en conferenciar. Su caballerizo mayor Sinan-Beg, y su *defterdar* Mohammed-Beg bajaron con salvos conductos á Eregli para tratar de las condiciones de la paz entre los dos hermanos. Djem ó sus embajadores exigian la plena soberanía de muchas provincias de Asia. Bajazet II vió en estas condiciones el desmembramiento del imperio. « Decid á mi hermano, dijo á Sinan-Beg, « que el imperio es una doncella que no puede cederse en matrimonio á dos hombres; que yo « moriré por defenderla, y que aquel que quiere « disputarme su posesion deje de manchar los piés

« de su caballo y las mangas de su caftan con la « sangre inocente de los Otomanos; que se retire á « Jerusalem, y me comprometo, si quiere vivir fuera « de mis fronteras, á darle una renta de doscientos « mil ducados de oro y veinte pages escogidos entre « los mas hermosos hijos de mis esclavas. »

Djem rechazó con indignacion estas proposiciones. « Un príncipe, exclamó, necesita un imperio, pero no oro. » Ahmed-bajá, reforzado por la numerosa caballería europea y asiática de Bajazet II, escaló las montañas por las gargantas de la Cilicia. No les quedaron á Djem y á Kasim-Beg mas que algunos fuertes inatacables, y algunos arenales al pié del monte Tauro sobre el mar, entre el golfo de Satalia enfrente de Chipre, y la rada de Telmisus (Macri) cara á cara de Rodas. Kasim-Beg, que no tenia nada contra sí mismo en las crestas del Tauro, defendidas por los hielos, adonde se refugiaba despues de sus reveses, conjuró á Djem á que buscara un asilo y alianzas entre los príncipes cristianos pasando á Rodas.

IV

Estos consejos, aunque inspirados por una sincera adhesion, perdieron á Djem separándole de los Si-

rios, de los Egipcios y de los Persas, de cuya adhesion tenia pruebas, para tentar la fé sospechosa de los caballeros de Rodas y de los príncipes cristianos.

Durante el reinado de su padre Mahomet II, este joven príncipe, que gobernaba á la sazón la Carmania, habia recibido la mision de negociar la paz con Rodas. Los embajadores de la órden de San Juan de Jerusalem y los de Djem habian tenido á menudo conferencias en la costa de Cilicia en presencia suya. El hijo del sultan era conocido por los principales caballeros, y Djem habia aprendido á honrar en aquella nobleza cristiana el valor y la gracia de los guerreros europeos. Apreciaba su heroismo, y no sospechaba su perfidia. La experiencia iba á probarle que la barbarie y la política de las corporaciones corrompe hasta el heroismo, la religion y la virtud.

El príncipe, abrigado despues del licenciamiento de sus tropas en una caverna de las rocas de la Cilicia, á la vista del escollo de Arsinoe, envió á Rodas á Suleiman-bajá, uno de sus últimos y de sus mas fieles compañeros de desgracia, para preguntar al gran maestre de Rodas si los caballeros querrian recibir en su isla al hijo de Mahomet II, al sultan vencido, pero legítimo de los Otomanos, y si se comprometerian á asegurarle durante su residencia, la vida, y la liber-

tad que se debe en todas las religiones á huéspedes ilustres y voluntarios.

Suleiman, procurando ganar la costa para embarcarse en Telmissus, fué alcanzado por los ginetes de Bajazet II, sus cartas, abiertas por Ahmed, hicieron saber á este general que Djem estaba todavia oculto en las montañas, y que pensaba huir por mar á refugiarse entre los enemigos del sultan. Ahmed colocó la caballería entre las rocas y el mar para espiar al fugitivo.

V

Entre tanto Djem, que no veia regresar á Suleiman, y que presentia alguna catástrofe, hizo partir para Rodas otros dos emisarios disfrazados para que negociaran acerca de su admision en la isla, y para preguntar á los caballeros si consentian en recibirlo libre, y en enviarle una galera de la Orden cerca de un peñon de la costa de Cilicia, que él les designaba.

Los caballeros de Rodas no dudaron en acordar todas las condiciones de salvacion, de seguridad, de libertad y de dignidad de asilo, pedidas por Djem.

Recibir un hijo de su implacable enemigo Mahomet II lisongeaba su generosidad; un sultan que proteger halagaba su orgullo; la esperanza de mejorar la suerte de este pretendiente, momentáneamente eclipsada, de volverle el trono conquistado por cristianos, y de exigir por este servicio un premio digno del imperio en favor de los intereses de su Orden, sonreía á su política. El gran consejo de la orden, convocado por el gran maestre, el mismo Pedro de Aubusson, vencedor de Mahomed II y salvador de la isla, ratificó con sus aclamaciones la pretension de Djem. Su salvo conducto fué entregado á sus enviados; una escuadra de galeras de la orden, mandada por el almirante de Castilla Zúñiga salió á toda vela del puerto de Rodas antes del amanecer para ir á explorar la costa vecina de Cilicia, y traer á la isla al huésped ilustre de los caballeros. El pueblo entero de Rodas subió á las torres y las colinas para asistir á esta vicisitud de la fortuna de los cristianos y de los otomanos.

VI

En el interin, Djem y sus treinta compañeros, perseguidos por la caballería de Bajazet II é inquietos

por una dilacion que ponía en tanto peligro sus vidas, habian bajado por la noche á la playa para ver si descubrian las esperadas velas. El cabo avanzado de Macri, interpuesto entre la playa en que estaban y el canal de Rodas, les ocultaba aun al levantarse el sol por el horizonte las escuadras de Zúñiga. Djem, al oír el ruido del galope de un destacamento de spahis próximo á él, se metió con sus amigos en una barca de pescadores oculta detrás de una roca por precaucion de Kasim, y se entregó á las olas para bogar hácia la isla. Pero antes de desplegar la vela, escribió sobre su rodilla un adios terrible á su hermano y á su perseguidor Bajazet II, y atando esta carta á la punta de una flecha, subió al banco de los remeros, tendió su arco y lanzó la flecha que fué á parar á los piés de los spahis que estaban en la playa.

Los spahis cogieron la flecha y la carta y leyeron:

EL SULTAN DJEM AL SULTAN BAJAZET II, SU HERMANO
INHUMANO.

« Dios y nuestro gran profeta son testigos de la
« vergonzosa necesidad á que me reduces de refu-
« giarme en tierra de cristianos. Despues de haber-
« me privado de los justos derechos que tenia al im-
« perio, me persigues incesantemente, sin haber

« sosegado hasta que me has visto buscar un asilo » entre los caballeros de Rodas, enemigos irreconciliables de nuestra augusta casa, para salvar mi existencia. Si el sultan nuestro padre hubiese podido prever que profanarias así el nombre tan respetable de los otomanos, te hubiera ahogado con sus propias manos, pero confió que á falta suya el cielo será el vengador de tu crueldad, y yo deseo vivir para ser testigo de tu suplicio. »

Bajazet II recordó al recibir esta carta que era hermano y lloró. « ¿ Porqué, dijo, se ha fiado mas en los cristianos que en mí ? »

VII

Apenas habia lanzado Djem este adios mortal á la tierra otomana, vió las galeras de Zúñiga desembarcando una á una por la sombra del cabo de Macri. Temiendo que fuese una escuadra de Bajazet II que intentara interceptarle el derrotero de Rodas, hizo remar de nuevo hácia la playa. Pero pronto una chalupa rápida, enviada por el almirante hácia su barco, le hizo saber que era la escuadra de Aubus-

son, enviada para recibirlo, y le entregaron los salvoconductos y la fé jurada de los caballeros.

La galera del almirante lo recibió algunos momentos despues, con todos los honores y consideraciones de un soberano, y la escuadra cargada con este glorioso depósito, entró al mediodia en el puerto de Rodas. Nunca desde que Paleólogo-bajá habia replegado sus trescientas velas ante los restos victoriosos de la isla, la ciudad de Rodas habia sentido mas orgullo ni alegría. El gran maestre Aubusson, seguido de todos los comendadores y de todos los caballeros de las diferentes lenguas de la orden, habia bajado el último escalon del muelle para recibir al huesped de la isla y de la cristiandad. El pueblo entero seguia sus pasos; el palacio de Francia, el mas capar y el mas espléndido de Rodas, habia sido preparado rápidamente segun convenia á un príncipe de Oriente. Djem rehusó al principio entrar en él por no molestar á los caballeros de Francia: « No conviene, » dijo al gran maestre, « no conviene á un proscrito como yo, expulsar de su palacio á los soberanos de la isla. »

« Proscritos de vuestro nombre, » le respondió con falso respeto el gran maestre, « ocupan el primer lugar en todas partes, y ojalá seais pronto señor de Constantinopla como lo sois aquí. » Los caba-

llos de todas las naciones rivalizaban al parecer en generosidad y deferencias para hacerle olvidar sus infortunios. Las fiestas, los torneos, las cazerías, los espectáculos, dejaron admirar durante algunos dias á los Rodios la gracia, la destreza, el vigor en los ejercicios ecuestres, la elocuencia y la poesía de este bárbaro. Djem eclipsaba con el esplendor de su traje oriental, con la elegancia de sus maneras y la dignidad de sus palabras á los mas urbanos caballeros de las cortes de España, de Francia y de Italia. Hablaba la lengua italiana que habia aprendido en la córte de Mahomet II como un veneciano, y la lengua griega como un literato de Atenas. Aunque divisaba desde el alto mirador del palacio de Francia la nieve de las montañas próximas á la Licia y las velas de las flotas de su hermano, que lo buscan de rada en rada por los escollos de Macri, nada le recordaba en torno suyo su caída, sus reveses ó su cautiverio. Preparábase á pasar á Europa, adonde queria ir á solicitar las tropas de los húngaros y de los servios para atacar por otro lado el imperio.

Djem confiaba tanto mas en la buena fé y el interés de los caballeros de Rodas, cuanto que el gran maestro Aubusson acababa de celebrar con él un tratado, cuya existencia y firma atestiguan los archivos de Malta. Djem, para la eventualidad de su reinado fu-

turo, se obligaba á abrir todos los puertos de la Turquía á los barcos de los caballeros, á dar anualmente la libertad sin rescate á trescientos esclavos cristianos, y á pagar ciento cincuenta mil ducados de oro por indemnizacion de la hospitalidad y de los auxilios que recibia de la Orden.

Pero en el momento mismo en que el gran maestro firmaba con su huésped este tratado, negociaba aun mas secretamente otro con Bajazet II.

En cuanto supo este soberano la retirada de su hermano á Rodas, habia enviado allí dos emisarios griegos, agentes corrompidos de los crímenes de estado que se ensalzan ó condenan segun las circunstancias ó los resultados. Los griegos de la córte de Bizancio, procurando reconquistar la perdida importancia por medio del servilismo, llenaban el serrallo de los turcos con estos instrumentos de intrigas. Su mision, segun los historiadores de la Orden, era envenenar en Rodas al hermano de Bajazet II. Los acontecimientos posteriores hacen presumir con mas visos de certeza que su objeto era negociar primeramente la traicion con Aubusson y el consejo supremo de la Orden, fingirse luego expulsados de la isla por el gran maestro, que queria defender la vida de su ilustre huésped, pero en realidad, ir á dar cuenta á Constantinopla de los preliminares aceptados de

una vergonzosa negociacion entre la Orden y los ministros de Bajazet.

VIII

Los hechos justificaron demasiado estas sospechas ; porque apénas fueron echados de Rodas los dos emisarios griegos, el gran maestre envió á Constantinopla como embajadores de la Orden á Guy de Mont, Arnaud y Duprat, para tratar de una paz permanente con la córte otomana.

Las conferencias mal disimuladas se abrieron en esta capital entre los caballeros citados y los dos plenipotenciarios de Bajazet II, que lo fueron Paleólogo bajá, el mismo renegado griego que habia sido vendido delante de Rodas, y Keduk-Ahmed bajá, el visir íntegro, pero insolente que hacia temblar al señor á quien servia. Keduk-Ahmed, absoluto y con una sola palabra, cómo soldado acostumbrado á romper los nudos con el sable, pedia abiertamente la extradicion de Djem y el tributo. Los caballeros, que habian ya vendido á su huésped y transigido con su conciencia, no podian deshonrarse en aquellos términos que los

envilecerian á los ojos de la cristiandad. Las negociaciones iban á romperse cuando Paleólogo-bajá, mas insinuante y mas habil que su rudo colega, le rogó que abandonara un instante las conferencias, y que lo dejara tratar á él solo y vencer los hipócritas escrúpulos de los enviados de Aubusson. Keduk-Ahmed comprendió á Paleólogo-bajá ; fingió renunciar como inflexible otomano á tratar con los cristianos con otras condiciones que las de la servidumbre.

Pero luego que la negociacion encomendada á Paleólogo-bajá ocultó, bajo apariencias ménos deshonorosas, las bajezas que los turcos exigian de los caballeros, el ignominioso tratado se concluyó entre Rodas y Constantinopla. Estipulábase en él, que una paz eterna reinaria bajo el nombre de tregua entre los dos Estados ; que se entregarían mutuamente los esclavos fugitivos de una ú otra religion ; y en un artículo secreto se estipulaba que el hermano del sultan, el pretendiente al imperio, seria detenido hasta su muerte en uno de los castillos de la Orden ; que en recompensa de esta perfidia y de este servicio, el sultan pagaria anualmente una suma de cuarenta y cinco mil ducados de oro á los carceleros de Djem : tal era el precio infame, no de la sangre, però sí de la libertad de un huésped que se habia puesto con confianza bajo la salvaguardia de la buena fé y del

honor de una orden de caballería cristiana! La deslealtad de este tráfico deshonoraba á la vez en la persona de Pedro de Aubusson á la religion y al heroísmo.

IX

La ejecucion de este tratado secreto exigia la mas abyecta hipocresía para ocultar á los ojos de la Europa el baldon del infortunio de Djem. Era menester probar que este príncipe estaba en libertad y era obsequiado por los caballeros; era preciso persuadirlo á él mismo de que su extrañamiento de la patria era conveniente á su salvacion y á su vuelta al trono; y que al llevarlo por mar al occidente de córte en córte, la Orden queria presentar en él á los soberanos á un amigo, no á un cautivo. El consejo y los caballeros de Rodas se prestaron con deplorable astucia á estas maniobras de la política de su corporacion, con tanta mayor impudencia quanto que todo el mundo recogia el fruto sin soportar la responsabilidad. Los mayores crímenes de la historia no han

sido quizá cometidos por tiranos, sino por asociaciones anónimas.

El gran maestre Pedro de Aubusson y sus cómplices expusieron al príncipe que su partida de Rodas convenia á los intereses de su causa y de su vida. Le hicieron presente que la proximidad de la Lycia y de la Caramania permitiria constantemente á su hermano el sostener en Rodas asesinos ó envenenadores que les impedirian responder de su seguridad; que el imperio, muy vigilado por esta parte por el ejército de Keduk-bajá, lo privaria siempre de toda ocasion de desembarco; que la Hungría y las márgenes del Danubio, habitadas por los mas terribles enemigos del islamismo, eran el punto mas vulnerable de las posesiones de su hermano; que los príncipes cristianos de Italia, de Francia, de España y especialmente el papa, no aguardaban mas que tener un pretexto para renovar las grandes coaliciones, religiosas ántes, políticas ahora, que podian ofrecerle un ejército para combatir contra su hermano; que su presencia en la córte de estos príncipes y sus compromisos en favor de los cristianos le aseguraban la alianza unánime de la Europa, y que un sultan restaurado por la cristiandad en Constantinopla seria la prenda segura de la solidez de su casa y de la paz del mundo.

X

Djem, persuadido por estas insinuaciones, apremiaba al gran maestre para que lo transportara por mar á Venecia, de donde podria pasar por la Alemania á Hungría para reunir en torno suyo la coalicion de las córtes cristianas favorables á su causa. Su confianza á la sinceridad de sus pérfidos amigos era tan ciega que confirió plenos poderes á Aubusson para que tratara en su ausencia, de sus intereses con los visires ó los generales de su hermano, segun las circunstancias.

Durante estas conferencias el gran maestre hacia equipar una galera de la Orden para llevar á Djem á Europa. No fiando en nadie tanto como en su propia sangre para consumir la traicion premeditada contra su huesped, comunicó á su sobrino, el caballero de Blanchefort, las instrucciones secretas acerca del verdadero fin de la navegacion, y de los artificios que debian emplearse para disimular hasta el término del viaje, bajo la apariencia de servicios prestados á Djem, la cautividad prometida á Bajazet II.

Los honores imperiales disfrazaron la traicion con el respeto al partir de Rodas. Djem se embarcó con treinta de sus fieles otomanos en la galera de Blanchefort. La narracion minuciosa de los testigos oculares, cristianos y otomanos, de las vicisitudes de su travesía ó de sus diferentes escalas no dejan la menor duda acerca de las tenebrosas maniobras de sus carceleros. Lo siguieron paso á paso hasta hacerlo caer en el lazo.

XI

Se embarcó el 1º de setiembre de 1482 para Europa. Los vientos contrarios ó las maniobras de los caballeros que montaban su galera lo detuvieron mas de un mes en el Archipiélago, á la vista de Rodas y de las costas de Cilicia. Lo hicieron saltar en tierra en *Cos*, dependencia de Rodas, que pertenecia entonces á los caballeros. Despues de una residencia que tenia sin duda por objeto malgastar tiempo, la galera que llevaba el heredero de Mahomet II, se hizo á la vela para la Sicilia. El puerto de Mesina ofreció provisiones al buque. Al costear la isla, Djem admiraba como poeta, al decir de los analistas, los

delfines que jugaban al rededor de la proa, lanzando por sus narices chorros de agua que brillaba con los rayos del sol. El espectáculo, desconocido para él, del volcan del Etna, iluminando la isla, el mar y el cielo, lo retenia durante la noche sobre el puente.

Los caballeros, para reservarse ellos solos el mérito y el precio de la cautividad del sultan de los otomanos, tenian cuidado de ocultar en los puertos y á los buques extrangeros el depósito precioso que llevaban á su bordo. Una noche, en que Djem y sus amigos, reunidos sobre el puente, cenaban alumbrados por multitud de lámparas, y gozaban de esta iluminacion de las olas, la tripulacion forzó á los pasajeros á apagar las luces y á bajar á oscuras á la cámara, temiendo caer en manos de los almirantes de Francia ó de Nápoles. Siete navíos encontrados el dia siguiente en la costa de Calabria, fueron asi eludidos con la reclusion de los pasajeros. Ya no se volvió á iluminar el puente.

Despues de seis semanas de misteriosa navegacion, Blanchefort desembarcó á su prisionero en el puerto de Niza. Djem, que se creia libre bajo la guardia, en apariencia honorifica de sus amigos de Rodas, y en uno de sus castillos de Europa, gozó con deleite del cielo y de las costas de Niza, que le traian á la memoria al mar de Cilicia. Él escribió sobre los encan-

tadores paisajes de Niza versos melancólicos, en que respiraba el recuerdo de la patria representada con un cielo parecido al suyo. Sin embargo, ansioso de proseguir su camino hácia la Hungría, se admiró de su larga permanencia en Niza, y dió á Blanchefort la órden de llevarlo, segun su promesa, á Venecia. Blanchefort y los caballeros, confidentes de las astucias de Aubusson, alegaron la imposibilidad de salir de una tierra francesa sin autorizacion del rey de Francia, á quien pertenecia Niza. Estimularon á Djem á que enviara uno de sus servidores á este soberano para que le diera permiso para salir de su país. Le aseguraron que este enviado volveria dentro de pocos dias á Niza con la respuesta, y tal vez con la alianza del Monarca. De esta suerte engañaban á un cautivo. Djem escogió para esta embajada al mas literato y al mas político de sus visires, Nassuh-Tchelebi, compañero de sus estudios y de sus hazañas en Asia. Los caballeros que acompañaban á Nassuh-Tchelebi lo hicieron detenerse á tres jornadas de marcha y desaparecer en una de sus encomiendas de Provenza. Cuatro meses de expectativa y de incertidumbre trascurrieron sin que lograrse Djem recibir ninguna noticia de su enviado. Él lo creia en la corte de Francia, detenido por la lentitud de las negociaciones.